



La palabra de todos **Democracia y sinodalidad**

Juan Salvador Pérez*

EFE

En este Dossier, Juan Salvador Pérez propone analizar el retroceso de la democracia y la propuesta de sinodalidad, a partir del llamado de la Iglesia católica. Más adelante, Pedro Trigo, s.j. nos propone algunas claves para abordar el tema de la democracia en Venezuela hoy, partiendo de acciones concretas y Serena Noceti nos muestra el camino a una sinodalidad más auténtica desde la participación de las mujeres en la Iglesia

Recién ha asumido gestión la nueva directiva de la Conferencia Episcopal Venezolana y lo hace dejando en claro mediante exhortación pastoral su preocupada opinión por la situación en Venezuela subrayando *tres tristes y escandalosas realidades*:

[...] el desmantelamiento de las instituciones democráticas y de las empresas del Estado; el dramático éxodo debido a la emigración forzada de cerca de seis millones de compatriotas expatriados por falta de oportunidades de desarrollo en el país, sobre todo jóvenes en edad productiva; la pobreza de la gran mayoría de nuestro pueblo, con particular acento en la desnutrición de la infancia y las situaciones de injusticias que viven las personas de avanzada edad¹.

Los obispos venezolanos denuncian que la democracia está muy debilitada, lo cual se evidencia en una trágica y acelerada pérdida de la libertad individual y social; en el deterioro profundo del sistema educativo; en las deficiencias estructurales del modelo económico nacional que genera graves deficiencias que impiden trabajo digno y salario justo para todos los venezolanos.



EL PAÍS

León XIII abrió la puerta y marcaba la pauta de los siguientes pontificados, dejando además de lado –junto al, digamos, corto papado de Benedicto XV– los últimos dominios de Papas provenientes de familias aristócratas y nobles.

Nuestros obispos nos proponen *refundar la nación* desde el principio cristiano de la “encarnación”. Para ello debemos colocar el foco en lo humano como condición de lo social, desde los valores y principios que permitan la construcción del bien común, la verdad, la justicia, la solidaridad, la responsabilidad, la honestidad, la cultura del trabajo productivo.

El retroceso de la democracia no es culpa de terceros, sino responsabilidad de todos nosotros. ¿Somos realmente demócratas? ¿Practicamos y vivimos en lo más íntimo la democracia? ¿Estamos enfocados cada uno de nosotros en la construcción del bien común, la verdad, la justicia, la solidaridad, la responsabilidad, la honestidad, la cultura del trabajo productivo?

El papa Francisco –al igual que nuestros obispos– advierte con gran preocupación el retroceso de la democracia. La invitación del Papa es primero a superar las ideologías; segundo a creer, confiar y apostar por la *buen política*, en cuanto arte del bien común; y tercero, un llamado a la participación de todos y cada uno de nosotros como exigencia fundamental, *no sólo para alcanzar objetivos comunes, sino porque responde a lo que somos: seres sociales, irrepetibles y al mismo tiempo interdependientes.*

La democracia retrocede si no entendemos y si no asumimos todos, gobernantes y gobernados, que la razón de ser de los gobiernos es hacer progresar a los países, consolidar las naciones y construir las patrias (*que hemos recibido de nuestros mayores. Patria, paternidad. Viene de ahí. Y es algo que tenemos que dar a nuestros hijos*).

No es un asunto solo de políticos. Es un tema de ciudadanos, de personas, de sujetos conscientes y responsables, que entiendan

la democracia en la doble dirección que la entendieron desde su origen en Atenas, como:

[...] un mensaje orientado hacia lo alto y también como un mensaje hacia el otro; que a las seducciones del autoritarismo respondan con la democracia; que a la indiferencia individualista opongan el cuidado del otro, del pobre y de la creación, pilares esenciales para un humanismo renovado, que es lo que necesitan nuestros tiempos.²

Solo así podremos detener el retroceso de la democracia. Hagamos caso a De Gasperi, y dejemos las *izquierdas* o las *derechas*, que lo decisivo es ir hacia adelante encaminados hacia la justicia social.

El surgimiento de la Doctrina Social de la Iglesia es un hecho determinante en el catolicismo contemporáneo. Hasta finales del siglo XIX la Iglesia católica era identificada con las viejas monarquías europeas, y no solo se identificaba, sino que prácticamente era en sí misma una vieja monarquía europea. Los Papas se habían convertido en distantes monarcas, ataviados, atareados y dedicados a demasiados asuntos temporales.

Sin embargo, los tiempos cambiarían con la promulgación de la encíclica *Rerum Novarum* en 1891, de la mano de un Papa más sensible, preocupado y ocupado en los graves problemas de su tiempo. León XIII abrió la puerta y marcaba la pauta de los siguientes pontificados, dejando además de lado –junto al, digamos, corto papado de Benedicto XV– los últimos dominios de Papas provenientes de familias aristócratas y nobles.

La Iglesia ha cambiado mucho en el último siglo, como vemos, tanto en sus formas como en sus orígenes de procedencia y como es de esperarse estos cambios también influirán en su enfoque³.

Este nuevo enfoque está consagrado en la doctrina más allá del comentario social. De las encíclicas a las cartas pastorales, el Catecismo de la Iglesia católica ha consagrado a la Doctrina Social de la Iglesia como criterio normativo de la visión católica hacia la sociedad, indicando lo siguiente:

2422.- La enseñanza social de la Iglesia contiene un cuerpo de doctrina que se articula a medida que la Iglesia interpreta los acontecimientos a lo largo de la historia, a la luz del conjunto de la palabra revelada por Cristo Jesús y con la asistencia del Espíritu Santo (cf SRS 1; 41). Esta enseñanza resultará tanto más aceptable para los hombres de buena voluntad cuanto más inspire la conducta de los fieles.⁴

El planteamiento es espectacular, la invitación –bien cabe el término– que se nos hace es acaso una oportunidad única de participar, de ser escuchados, todos. Pero supone un peligro tremendo en estos tiempos de retroceso democrático, o para ser precisos, de retroceso de la cultura democrática.

Y en este “cuerpo de doctrina”, nos llega la admisión de la *superioridad de la democracia* como forma de gobierno en los *estados seculares*.

La democracia, como bien lo advierte Sartori⁵, tiene diversas acepciones, y debemos necesariamente delimitar a cuál tipo de democracia se refiere la Iglesia, con cuáles características y condiciones. Es decir, según el magisterio para hablar de democracia en los términos de la Doctrina Social de la Iglesia, debe existir:

- Estado de derecho,
- División de poderes,
- Control social,
- Rendición de cuentas y participación ciudadana;
- (y todo esto en la base de) una recta concepción de la persona humana.

En este orden de ideas, entremos entonces en el tema de la sinodalidad:

Como Iglesia, estamos viviendo la experiencia de caminar juntos. Uno de los elementos fundamentales en este proceso es promover la escucha; ‘una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia que escuchar es más que oír. Es una Iglesia recíproca en la cual cada uno tiene algo que aprender’. Es una Iglesia que se centra en la misión, en el compromiso desde la fe para humanizar la vida del pueblo y hacer más visible la presencia de Dios en la historia; de ahí que como Iglesia seguimos el compromiso de acompañar al pueblo en el resguardo de su dignidad y en la construcción del bien común, participando en procesos de reflexión sobre la nueva sociedad que queremos construir o refundar con la participación de todos⁶.

El planteamiento es espectacular, la invitación –bien cabe el término– que se nos hace es acaso una oportunidad única de participar, de ser escuchados, todos. Pero supone un peligro tremendo en estos tiempos de retroceso democrático, o para ser precisos, de repliegue de la cultura democrática.

Así como ha costado mucho entender que la causa del retroceso de la democracia no es culpa de terceros, sino responsabilidad de todos nosotros, lo mismo puede suceder con la sinodalidad. ¿Somos realmente miembros de la Iglesia, queremos serlo? ¿Practicamos y vivimos en lo más íntimo la propuesta cristiana? ¿Estamos enfocados cada uno de nosotros en la construcción del bien común, la verdad, la justicia, la solidaridad, la responsabilidad, la honestidad, el compromiso de la Fe por la vida?

Estas son las preguntas personales, personalísimas, que debemos hacernos. Pero luego

se nos presentan las preguntas propias del proceso de consulta sinodal, de esta oportunidad de *apertura* a la escucha a la cual estamos convocados:

- ¿Qué queremos que cambie en la Iglesia?
- ¿Qué debemos cambiar en la Iglesia?
- ¿Qué tenemos que mantener en la Iglesia?

El P. Pedro Trigo, s.j. –a quien agradezco profundamente sus opiniones y los materiales que me hizo llegar para complementar esta breve disertación– nos dice con convencimiento:

[...] que el Sínodo sobre la Sinodalidad y todos los encuentros sobre la misma que se hagan en los diversos países y diócesis no cambiarán sustancialmente la fisonomía de la Iglesia hasta que la sinodalidad no llegue a convertirse en una práctica habitual, es decir, hasta que en la cotidianidad no llegue a acontecer que nos llevemos en la fe, en el amor mutuo y en la vida cristiana las distintas vocaciones del pueblo de Dios, y más restringidamente hasta que los curas y los obispos no se vayan haciendo cristianos con los laicos o de un modo aún más preciso hasta que la dimensión de cristianos no sea para la jerarquía la dimensión básica en la que viven, aunque esa dimensión esté coloreada por su vocación jerárquica.

Yo coincidí con él, pero mi enfoque va hacia los no-sacerdotes (que por cierto somos bastante más); sin laicos realmente ganados a vivir la sinodalidad, es decir, a participar sería y activamente, esta puede quedar en nada más que propuestas, *slogans* y buenas intenciones.

*Director de la revista *SIC*.

NOTAS:

- 1 “Exhortación Pastoral”. CXVII Asamblea Ordinaria Plenaria, 13 de enero de 2022.
- 2 Discurso del Papa en su visita a Grecia, 4 de diciembre de 2021.
- 3 MARIENBERG, Evelyatar (2015): *Catholicism Today: an introduction to the contemporary Catholic Church*. Londres, Routledge. Para una visión crítica de la historia de la Iglesia, léase: KUNG, Hans (2005): *La Iglesia católica*. Caracas: DEBATE-El Nacional.
- 4 1993: *Catecismo de la Iglesia católica*. Ediciones Trípode.
- 5 Para Giovanni Sartori, la democracia es difícil de definir, por todas las acepciones del término a lo largo de los siglos. Sin embargo, plantea una definición: un sistema político, en donde el poder del pueblo se ejerce sobre el pueblo, convirtiéndose este en sujeto y objeto. SARTORI, Giovanni (2009): *La democracia en 30 lecciones*. Taurus.
- 6 Exhortación Pastoral. CXVII Asamblea Ordinaria Plenaria, (13 de enero de 2022).